

## Número extraordinario "Consecuencias del Cierre de Escuelas por el Covid-19 en las Desigualdades Educativas"

### Opinión

## Covid-19: ¿Punto Sin Retorno de la Digitalización de la Educación?

Adrián Almazán Gómez \*

Universidad Autónoma de Madrid, España

Una de las decisiones más sorprendentes y polémicas de las muchas que nos han asaltado en este inesperado estado de alarma ha sido la de garantizar la continuidad del curso escolar haciendo uso de la docencia en línea. Si la informatización de la labor docente es un proceso que lleva al menos una década en marcha, y en la que comunidades como la de Madrid ha invertido una cantidad ingente de recursos, la posibilidad de virtualizar la totalidad de la docencia era una idea que a casi nadie se le podía haber pasado por la cabeza hace solo unos meses.

Son muchas las razones que, a día de hoy, hacen pensar que la posibilidad y la deseabilidad de una informatización de la educación es más que cuestionable. La más presente en el debate público, y que más evidentemente conecta con la problemática de la desigualdad, es la apertura de una «brecha virtual». ¿Cómo puede mantenerse el espíritu democrático e igualitario de nuestras escuelas públicas si el acceso a equipos informáticos, conexiones de alta velocidad, etc. se convierten en mediadoras de la experiencia educativa?



Es indudable que la desigualdad social será inseparable de cualquier proceso de informatización que no se sustente sobre en una fuerte inversión pública que garantice que los equipos y los conocimientos necesarios para su uso alcancen a todo tipo de familias por igual. De hecho, este riesgo de exclusión ha sido de cierto modo reconocido por el ejecutivo al poner en marcha un programa de clases para todos los estudiantes de la educación obligatoria en los canales de la televisión pública. Sin embargo, los problemas asociados a esta digitalización de la educación están lejos de agotarse en esta brecha.

---

\*Contacto: [adrian.almazan@uam.es](mailto:adrian.almazan@uam.es)

A día de hoy es bien conocido que la sobre-exposición a las pantallas de los más pequeños es una fuente de diversas afecciones sobre la salud y la personalidad. La psicóloga Sabine Duflo, de la asociación "Alerte écrans" (Cuidado con las pantallas) asocia las siguientes patologías al uso excesivo de pantallas: pérdida de sueño, sobrepeso, daños oftalmológicos, tendencia a la violencia verbal y física, mimetismo y disminución de la empatía y, sobre todo, impactos negativos sobre la concentración, la memoria, la motricidad y el lenguaje.

Pensemos en que todos los niños de este país han experimentado lo que supone enfrentarse a casi un mes de docencia desde sus casas. Aunque es dudoso que una experiencia como esa se pudiera sostener en el tiempo, ¿cómo no pensar en la enorme pérdida que supone la posibilidad real de un encuentro con los otros? Frente a la pantalla, una de las de las principales potencialidades de las aulas para profundizar en la justicia social se disipa. El aula es el lugar donde, idealmente, todas las personas se encuentran en pie de igualdad. Sin importar orígenes, razas, creencias, religiones o clase social los pupitres hacen a todos, en ese espacio restringido, iguales.



Cada paso en la dirección de profundizar en la docencia en línea es un paso que aleja de esa posibilidad de mestizaje. Con las pantallas frente a nosotros somos incapaces de ver al otro, oscurecido por su brillo. Habrá quien piense que este problema es menor, ya que la vuelta a las aulas es inminente. Sin embargo, la incertidumbre que rodea a la covid-19 y la posibilidad de nuevos periodos de confinamiento obligan a pensar en los impactos de esta nueva educación en soledad.

Sobre todo, porque cuando pensamos en los niveles de educación superior, es imposible no ver que esta virtualización supone de facto la imposibilidad de vivenciar un elemento central en la formación universitaria: la formación de una personalidad crítica. Si pensamos que la Universidad debe ser algo más y algo diferente a un mero centro de formación profesional de alto nivel, entenderemos que el papel que juega la socialización cultural y política dentro y fuera del aula es fundamental. Y ésta, de nuevo, es imposible sin el encuentro con los otros. Ni un diálogo que vaya más allá del intercambio de monólogos ni la educación no formal que ofrece el contexto formativo amplio del espacio universitario es posible en una educación confinada.

Sin embargo, si el riesgo de una estabilización de la formación exclusivamente on-line, de una no vuelta a las aulas, es relativamente bajo –en principio nadie espera que se pueda alargar más allá de los forzosos periodos de confinamiento– la posibilidad de que esta experimentación masiva suponga una aceleración de un proceso de digitalización que avanzaba ya a marchas forzadas es muy real.

Y, por ello, más allá de los riesgos sobre la salud y de la «brecha» que este proceso puede abrir, es necesario lanzar una mirada profunda y crítica a lo que el propio proceso de informatización supone e implica. El hecho de que la informatización de la educación se



viene moldeada de antemano por los arquitectos del software? ¿Cómo no ver la forma en que las evaluaciones digitalizadas profundizan cada vez más la reducción de los alumnos a puros números, erosionan la posibilidad de una evaluación más holista e integrada? ¿Cómo incorporar factores emocionales y personales en herramientas que, por definición, despersonalizan y hacen abstractos a sus usuarios?

Eso por no hablar del modo en que este nuevo utillaje digital está permitiendo y alentando una burocratización acelerada de la labor docente. La obsesión competitiva y evaluativa de la nueva gobernanza neoliberal nos convierte en sufridos autoevaluadores de nosotros mismos. Nos convertimos, como los alumnos, en conjuntos de indicadores de calidad, de opinión y de excelencia calculados a golpe de algoritmo. Vestido de transparencia, se esconde en realidad un aumento del control sobre nuestra labor que, a la fuerza, tiende a uniformarse para satisfacer unos requisitos burocráticos que en la mayoría de los casos ni tan siquiera emanan del colectivo docente, sino que son diseñados externamente por técnicos y tecnócratas.

En conclusión, la conclusión de esta virtualización de la educación que a la que el confinamiento nos ha forzado no debería ser la asunción acrítica la digitalización de la educación como un nuevo destino. En tanto que no neutral, la tecnología y sus aplicaciones tienen que estar sometidas a escrutinio y debate democrático. No podemos primar las ganancias de grandes multinacionales y las dinámicas de burocratización frente al objetivo de convertir nuestros centros en espacios para la construcción de democracia, igualdad y justicia. Y, para ello, es importante que colectivamente comencemos a poner en cuestión las inversiones millonarias que empujan este proceso. Es imprescindible que nos preguntemos, ¿cuántas cosas no podríamos hacer para mejorar nuestros centros con el dinero que hoy alimenta el proceso de informatización?